

FRANCISCO VILLAESPESA

SAUDADES

(POESÍAS)

LIBRERÍA DE G. PUEYO ==

Mesonero Romanos, 10, Madrid.

SAUDADES

OBRAS DE F. VILLAESPESA

POESÍA

<i>Intimidades</i>	}	agotadas.
<i>Flores de almendro</i>		
<i>Confidencias</i>		
<i>El alto de los bohemios</i>		
<i>Rapsodias</i>	2	pesetas.
<i>Las Canciones del camino</i>	2	»
<i>Tristitia Rerum</i> (La tristeza de las cosas).....	3	»
<i>Carmen</i>	2	»
<i>El patio de los Arrayanes</i>	3	»
<i>El Mirador de Lindaraxa</i>	3	»
<i>El libro de Job</i>	3	»
<i>El Jardín de las Quimeras</i>	3	»
<i>Las horas que pasan</i>	3	»
<i>Viaje sentimental</i> (2. ^a edición).....	3	»
<i>La copa del Rey de Thule</i> (3. ^a edición).....	3	»
<i>Im Memoriam</i>	3	»
<i>Saudades</i>	3	»

PROSA

<i>Zarza florida</i> (novela griega).....	2	50
<i>La Gioconda</i> , por Gabriel D'Annunzio, obra teatral (traducción).....	3	50

EN PRENSA

POESÍA

Luchas (2.^a edición).
La torre de marfil.
Rapsodias andaluzas
Bajo la lluvia.
El Balcón de Verona.
Prometeo.
Overturas.
La sombra de Beatriz.
Visiones trágicas.

PROSA

La torre de la Cautiva (novela árabe).
El libro de los Elogios (críticas).

1
821
202-5
R. 70.105
BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA



FRANCISCO VILLAESPESA

SAUDADES

POESÍAS

LIBRERÍA DE G. PUEYO ==
Mesonero Romanos, 10, Madrid.

ES PROPIEDAD

IMP DE „GACETA ADMINISTRATIVA”
CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 54

DEDICATORIA

*Al Maestro D. Miguel Moya, homenaje de
admiración y de gratitud, de su devoto*

Villaespasa.

LAS GUIRNALDAS DEL AMOR

I

Tímida como una desposada
que intacto el velo y fresco el azahar,
pálido el rostro y baja la mirada,
se aproxima á la cámara nupcial,

llegas hasta mi alcoba, y, te detienes
en el umbral, temblando de rubor...
¿Por qué tan tarde á nuestras bodas vienes
si de esperar mi frente encaneció?

Mi cámara nupcial está vacía.
¿Dónde vas á dormir amada mía?
Mi amor las puertas del hogar te cierra,

pues todas las que entraron como tú,
se fueron á dormir bajo la tierra
eternamente sobre un ataúd.

II

Cruzan alegres músicas la vía.
El cielo es luz, la brisa es un perfume...
Y del cielo y la tierra la alegría
exacerba mi mal y me consume!

Todo canta esta tarde de verbena...
Y mientras todo canta el alma llora...
¿Que le importa á los cielos esta pena
que al solitario corazón devora?

Va pasando el alegre vocerío...
Un perfume de amor flota en la brisa...
Y del balcón muy pálido me alejo...

Ríe el cielo de luz, y también río,
pero al copiar en su cristal mi risa
de espanto y de terror cruje el espejo.

III

Vaga en la obscuridad de este aposento
donde el silencio tu sonrisa espera
un eco tan suave, cual si fuera
recuerdo del perfume de tu acento.

Es un crujir de sedas; como una
ala de fugitiva mariposa...
Como el pudor fragante de una rosa
que se abre en el silencio de la luna.

Es la respiración de este paisaje,
es una araña que en la sombra labra
para sus bodas el nupcial encaje.

Es un mensaje de la Primavera
que al corazón le dice sin palabra:
—La pronta vuelta de la amada espera.

IV

Ya no hay remedio. Nuestro amor ha muerto.
¿De sed ó saciedad?.. ¡Poco me importa!..
Fué su existencia para mí tan corta
que afirmar no me atrevo que fué cierto.

Miradas de pasión bajo la luna,
un beso de tu reja entre las flores...
¡esto queda no más de esos amores,
que en humo dispara la Fortuna!

Te amé, me amaste? En tu amor no acierto
distinguir la verdad de la mentira,
y más aún en un amor que ha muerto.

Enterrémosle en paz. Sobre su fosa
pongamos una lápida, y, sin ira
escribamos en ella: *Aquí reposa!*

V

Nuestra dicha fué un sueño; unos instantes
duró apenas. De pronto despertamos,
y nos vimos tan solos y distantes
que en un mar de sollozos estallamos.

En dónde estás, mi vida. ¿Dónde has ido?
Acaso volverás, mas dime cuándo...
Tú te fuiste llorando de mi nido,
y yo en el nido me quedé llorando!

De llorarte mis ojos se obscurecen,
y mi cuerpo y mi alma desfallecen
en la eterna impaciencia de esta espera..

Herido y solo en nuestro nido espero...
¡Vuelve, paloma, naldo antes que muera
desangrado de amor tu compañero!

VI

—¡Adiós! deshecha en llanto me decía
y al separarnos, en aquel momento,
¡qué temblor tan profundo y tan violento
mis manos y mi voz estremecía!

Sobre el valle la noche descendía...
La fuente perfilaba su lamento,
y en los rosales el sereno viento
que lloraba de pena, parecía...

—Adiós, adiós!—y se quedó temblando
en el aire la voz... Yo sollozando
á través de mi llanto la miraba

perderse entre las flores, pensativa...
¡Era mi Juventud que se alejaba,
era todo el pasado que se iba!

VII

Un cariño, es verdad, tuve un cariño,
de tan lozana é íntima fragancia,
que en plena juventud me hizo más niño
que en los primeros años de mi infancia.

Yo sé que la mujer es inconsciente,
que es ráfaga de humo su promesa,
por que palabras y ternuras miente
la misma boca que acaricia y besa.

Mas á pesar de todo, por un nada,
por algún gesto apenas perceptible,
con un furor satánico me encelo...

Y acariciando el cuello de mi amada
siento á veces el ansia irresistible
de ahogarla entre mis manos como Otelo.

VIII

Vámonos juntos á cruzar la Vida.
Iremos cual dos niños, de la mano,
entre las brumas de un país arcano
á buscar nuestra Tierra Prometida.

Tierra de promisión, tierra florida,
siempre soñada y perseguida en vano...
Nostalgia acaso de un vivir lejano
del que jamás el corazón se olvida.

¿Qué importa la aspereza de la senda,
que nadie nos ayude ni comprenda?
Caminaremos siempre, y si caemos

rendidos en mitad de la jornada,
con la visión de la ciudad soñada
dentro de las pupilas, moriremos.

IX

En tu cariño hay algo pasajero.
Una ansiedad latente se adivina
en tu eterna inquietud de golondrina
pronta á dejar su nido en el alero.

En tus manos mi vida está temblando.
¿Quién, si te marchas, cuidará del nido
donde se queda el corazón sangrando?
¡Tú te marchas fugaz, como has venido!

Como mujer, móvil y frágil. Tienes
ese encanto inconsciente y pasajero
de las ondas, las nubes y las aves...

Sin pensar dónde vas ni dónde vienes,
fabricarás tu nido en otro alero...
Tú sigues tu destino, y nada sabes...

X

De tal modo acarician tus cabellos
del sol los rayos tibios y dorados,
que parece que quieren sus destellos
quedarse entre tus rizos encantados.

Vestida de crepúsculo, tu esbelta
silueta en los jardines se esfumaba,
y tu dorada cabellera suelta
las largas avenidas alumbraba.

¡Oh, lujuria de sol, rayo de oro
que llegaste á la gruta silenciosa,
á enjugar las tristezas de mi lloro

con el oro sedoso de tu pelo...
A tus fulgores floreció una rosa
en el árido yermo de mi duelo!

CANCIONES INGENUAS

I

Lucha la alegría
del aire y del cielo
con las amarguras
de mis pensamientos.

A veces, un canto
de amores, un fresco
perfume de rosas
me envuelve en un sueño
de amor: Una virgen
me espera, á lo lejos...

Su mano de nieve,
tímida, de nuevo
entreabre las puertas
del hogar, y al viento

flota la blancura
del místico velo...

¡Callad, ruiseñores
de Abril, que de nuevo
me envuelve la ola
de mis sufrimientos!
Velando un cadáver
me dice, en silencio
la voz hecha lágrimas
de mis pensamientos:

«—Aquí acaba todo...
Mira aquí los sueños
de tu primavera...
cogen en el hueco
de tu mano... Flores
que deshoja el viento...
La vida no vale
la pena de un sueño.—»

Lucha la alegría
del aire y del cielo
con las amarguras
de mis sufrimientos.

II

Del lívido invierno
á la luz de nieblas,
junto á la ventana,
tras las vidrieras
empañadas, hila
su lino la abuela,
mientras en el campo
sobre la arboleda,
temblando descende
la nevada lenta...

De sueño se inclina
la faz macilenta
bajo la blancura
de la cofia nueva,

prendida con lazos
azules de seda.

Junto á las cenizas
del hogar que humea,
rosna un gato negro
y se despereza...

Cuadro, viejo cuadro
de amor ¿quién se acuerda
de tu paz, en medio
de esta vida inquieta?

III

Yo conozco de Otoño
la leyenda olvidada.

Entre el musgo del parque
me la ha contado el agua
de una fuente muy vieja,
una tarde muy plácida
en que á la luz de oro,
era cosa muy grata
abandonar el mundo
y no pensar en nada.

Una tarde de olvido,
en que á la frente pálida
y mustia, consumía
la infinita nostalgia
del reposo... Inclinar-se
por siempre en la almohada
de un inmortal ensueño
bajo la tierra santa!

Yo conozco la vieja
leyenda de las vagas
nieblas que entre los árboles
flotan y se desgarran,
de las hojas marchitas,
de la flor deshojada
sobre un banco musgoso
oculto entre las ramas,
de los senos hundidos
y las mejillas pálidas...

Conozco esa leyenda...
Mas para relatarla
basta con un suspiro,
sobra con una lágrima...

Yo conozco de Otoño
la leyenda olvidada...
En el fondo del parque
me la ha contado el agua,
de una fuente muy vieja
una tarde muy plácida...

IV

Encantada poesía
primaveral ¡qué bella
floreces en el fondo
de las almas enfermas!

Las pálidas mejillas
se enrojecen; se alegran
los labios, las pupilas
melancólicas sueñan,
y una canción de amores
cruza sobre la tierra.

Prados llenos de flores;
frondosas alamedas,
ruiseñores, divinas
noches áureas de estrellas...
¡cuánta hermosura, cuánta
si en sus ojos os viera!...

Pero sus ojos ciegos
se pudren bajo tierra!...

Encantada poesía
primaveral ¡qué bella
floreces en el fondo
de las almas enfermas!

V

¡Oh, noches estivales
de argentinos reflejos
de luna, donde bajo
la copa azul del cielo
se oye zumbar la sorda
colmena del silencio!

Alma, que huyes del mundo,
pega tu oído al suelo
y escucharás las místicas
palabras del Misterio!

La voz profunda y sabia
de las aguas y el viento
te hablará de esas cosas
que viven aunque han muerto!

La vida es armonía,
es un cántico eterno.✦
Sé tú también la nota,
más dulce del salterio...

Cantemos la infinita
grandeza del Ensueño,
la canción perdurable
que resucita muertos!...

VI

Se ha secado la fuente.
Viajero, mira y pasa:
—No bañarás tus labios
en el frescor del agua!

Viajero melancólico,
camina. En tu jornada
solo tendrás el agrio
amargor de tus lágrimas...

Se han secado tus ojos...
La sed sin esperanza
es más terrible. Cruza
la estepa solitaria,
el valle floreciente,
recorre las montañas...
—No bañarás tus labios
en el frescor del agua!

VII

¡Adiós! El sol se apaga...
El valle se oscurece,
y tu reja se cierra
entre rosas de nieve.

La sombra avanza. Esparce
el Angelus sus preces,
y gimen las campanas:
—¿Cuándo volveré á verte?

Labios que me besaron
entre rosas de nieve...
¡Adiós! El sol se apaga...
La lenta tarde muere.
El Angel del Crepúsculo
al cielo el vuelo tiende
al son de las campanas...
—¿Cuándo volveré á verte?

VIII

¡La abuelita Antonia!
Corazón ¿recuerdas?

Frente más altiva,
pupilas más negras,
nunca más mis ojos
vieron en la tierra.

Ni manos más finas,
más blancas y bellas,
han acariciado
jamás mi cabeza.

(Mis manos de artista
sus manos recuerdan.)

Su mirar de Diosa
y su andar de reina,
nunca más he vuelto
á ver en la tierra...

(Algo de su orgullo
en mi porte queda.)

¡La abuelita Antonia!..
Corazón ¿recuerdas?

Cuando se sentaba
tras las vidrieras,
en las claras tardes,
al sol, á hacer media,
su rostro más blanco
que su cofia era...

Ella fué en la vida
tu mejor maestra...

Te enseñó á ser bueno
y altivo... Esas bellas
cosas que en tus versos
hoy la gente encuentra,
todo se lo debes,
corazón, á ella!

Siempre que me hablaba
su voz lenta era
musical, suave,
tan dulce y tan tierna
que me adormecía
soñando con ella!

Cuando en la agonía
me acercaba á verla,
levantó los ojos,
y su boca yerta
tuvo una sonrisa
por no darme pena...

(Su sonrisa, como
la de mi otra Muerta)...

¡La abuelita Antonia!..
Corazón ¿recuerdas?

IX

Mi amada entre las brumas
de un sueño, á verme llega.
Flota sobre los hombros
su negra cabellera.

Los ojos entornados
no miran, sino sueñan.
Viene pálida y triste,
blanca como una muerta...

Al resplandor del alba
como un sueño se aleja...
para siempre... y un ramo

de «no me olvides» lleva
entre las manos, blancas
como las de una muerta.

X

Sentada en la playa
la Virgen espera
ver, donde los cielos
y la mar se besan,
palpitar la blanca
sombra de una vela.

—Hermana, no llores,
cuando Mayo vuelva
llegará la nave
soñada que esperas...

Sobre el mar en calma
flotarán las velas,
cada vez más blancas,
cada vez más cerca,
mientras que las olas
que tus plantas besan,
cantarán monótonas
su canción eterna.

Sé constante. Aguarda..
El hermano sueña,
con la hermana ausente
y á partir se apresta...

Nosotros traemos
su voz... En la vieja
playa, la otra tarde
nos lloró sus penas:..

—«Volad, á otras playas,
olas mensajeras,
decidle que muero
de amor en la ausencia.

Volad, gaviotas;
buscadla en la tierra
verde, donde brotan
las flores más bellas;
en el claro golfo
cuyas aguas trémulas
copian el penacho,
del volcán que humea.

Decidle que visteis
llorando por ella
los ojos más tristes
que hay sobre la tierra.

Y que en una tarde
de la Primavera,
á un viento fragante
tendidas las velas,
llegará temblando
la nave que espera!—

El sol del Otoño
el mar ensangrienta;
la ciudad lejana
en la tarde en fiesta
enciende sus luces
que en las sombras tiemblan,
al compás sonoro
de las panderetas
que marcan el ritmo
de la tarantela...

Y la hermana pálida,
en la playa sueña,
contemplando inmóvil
las olas que trémulas
copian el penacho
del volcán que humea.

XI

Es la primavera...
Se van ya cubriendo
los campos de rosas,
las almas de sueños.

En todas las ramas
hay ya brotes nuevos,
en los labios risas
y amor en los pechos.

Del bosque y del alma
turban el silencio
millones de trinos,
millones de besos...

Sólo tú, mi pobre
corazón sin sueños
eres como un árbol
deshojado y seco...
Al llegar las flores,
te encontraron muerto!

XII

¡Oh, fiestas alegres
de España! Verbenas...
Lloran las guitarras
sus líricas quejas
entre la alegría
de la loca fiesta...

¡Oh, lasciva danza
bajo la arboleda
que la clara luna
con su luz platea!...

Las danzas lascivas
de España... Las sendas
más ocultas buscan
las locas parejas...

Y allá en su retiro,
pálido el poeta
llora oyendo el ronco
rumor de la fiesta!

XIII

La luz del sol que entra
por el balcón abierto,
la clara y transparente
serenidad del cielo,
la brisa perfumada
de rosales enfermos;
todo á cerrar los ojos
invita, en el silencio
sepulcral y profundo
del ensueño postrero!

Quiero morir, en una
tarde de Otoño, oyendo
cantar las golondrinas
que se van, á lo lejos;
aspirando el perfume
húmedo y somnoliento
de alguna flor tardía
que se deshoja al viento,

y viendo en la azulada
profundidad del cielo
morir el oro tibio
del sol, como en un sueño.

XIV

Cantan los segadores
en los dorados campos
de mieses, lentamente
la canción del verano.

El sol en su áurea llama
envuelve y cubre el vago
paisaje adormecido
de sopor... Bajo el árbol
se repliega la sombra
agobiada. Un rebaño
bajo el puente, sesteo
inmóvil. No hay un pájaro
que alegre el cauce estéril
del río... Por el llano
polvoroso, se pierden
los quejidos de un carro...

Es la hora fatigosa
del calor. No pensamos
en nada. Está el espíritu
como el cuerpo, cansado.

Cantan los segadores
en los dorados campos
de mieses, la indolente
pereza del verano.

XV

Llegará, al fin, el día
de mi instante supremo,
en que en mis ojos muera
la luz y quede ciego,
y se hielen las manos
en cruz sobre mi pecho...

En algún rincón húmedo
del viejo cementerio,
al frío de la lluvia
se pudrirá mi cuerpo,
y volverá á la tierra
lo que es suyo...

Yo siento
una inquietud extraña,
pensando en el momento
en que por las rendijas
del carcomido féretro,
se filtre lenta el agua
sobre mi helado cuerpo.

Mi carne de horror tiembla,
tal vez en el recuerdo
de algún lejano día,
en que en un cementerio
viejo, sintió la lluvia
humedecer mis huesos.

XVI

En la clara noche
bajo mi ventana,
se alejan las notas
de una serenata.

No sé lo que dicen;
no sé lo que cantan,
pero es tan doliente
la voz, tan amarga,
que al oirla, los ojos
se llenan de lágrimas...

Yo sé de una enferma
que bajo la lámpara
familiar, al eco
de la serenata,
cerró para siempre
sus negras pestañas...

Los amantes, pálidos,
á su son se abrazan,
y mientras la música
se pierde lejana,
se duermen besándose
sobre la almohada.

Las niñas dormidas
sueñan extasiadas
con célicos coros
de ángeles que bajan;
y por la memoria
de las viejas pasan
sonoros recuerdos
de otras serenatas...

La música vuelve
bajo mi ventana.
La copla resuena
doliente y nostálgica
llorando una pena...
Y la luna blanca
con su luz de encaje
ilumina pálida
un rostro de nieve
sobre mi almohada.

XVII

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas, los luceros.

Hay algo sobrehumano
en la tierra, en el viento,
algo que sobre el mundo
abre los pensamientos,
y obliga á las pupilas
á clavarse en el cielo.

Mi corazón cansado
vuelve á latir de nuevo;
á mis labios acuden
palabras, risas, besos,
y los brazos se abren
para estrechar á un sueño.

Son lejanas memorias,
nostalgias y deseos
de algo que ha sido mío
y no volverá á serlo...

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas, los luceros.

XVIII

La virgen desnuda
se mira en el agua
que tiembla de celos
y amor al copiarla.

Cuello de gacela,
caderas de ánfora:
los senos magnolias
turgentes y blancas.

Las olas parecen
detenerse, para
contemplar aquella
viva rosa humana.

Flotante la espesa
guedeja dorada,
mojando la punta
de su pie en el agua
tímida sonríe...

Y al reir, el áura
esparce un perfume
de rosas tempranas,
y los ruiseñores
envidiosos callan.

La virgen desnuda
se mira en el agua
que tiembla de celos
y amor al copiarla.

XIX

El parque de oro y verde
palpita, brilla y canta.

Fulgura al sol el mármol
de las viejas estatuas;
en las floridas fuentes
el agua es viva plata;
y á lo lejos blanquean
entre las verdes ramas
los trajes vaporosos
de las novias que pasan...

Tardes de Mayo, tardes
tranquilas y doradas!...
Citas de amores entre
las sendas olvidadas...

¡Oh, alegres tardes!... triste
mi corazón se calla,
y no tiene ni una
sonrisa, ni una lágrima
para vosotras, tardes
de rosas perfumadas!

Mi vida es un espectro
que entre vosotras vaga,
sin esperar á nadie
y sin pensar en nada...

Tardes de Primavera
azules y doradas!

XX

Luces de oro y púrpura...
Pleno Mediodía...
El aire es bochorno;
se duerme la brisa;
y sobre la tierra
árida y dormida
no se ven más sombras
que las indecisas
que describe alguna
fugaz golondrina...

Los árboles mustios
su ramaje inclinan...
Perfume enervante
de fuego...

¡Alma mía,
es la hora eterna,
de las despedidas!

Hora en que á la tierra
se inclina la vida,
igual que esas rosas
que al sol se marchitan.

Luces de oro y púrpura...
Pleno Mediodía...
Sólo el cielo cruza
la sombra indecisa
que describe alguna
fugaz golondrina.

XXI

La noche es luz, perfumes,
resplandores, cadencias...
Bajo la clara luna,
escuchando las quejas
de un ruiseñor, el alma
enamorada sueña.

En un reloj lejano
la hora, doliente suena...

A esta hora, una noche
remota, dijo ella:
—Mi amor es como una
noche de Primavera;
tiene luz y fragancias,
resplandores, cadencias...

Y yo miré en el fondo
de sus pupilas negras,
reflejarse el callado
fulgor de las estrellas!

La noche es luz, perfumes,
resplandores, cadencias...
Bajo la clara luna
escuchando las quejas
de un ruiseñor, el alma
con lo imposible sueña!



JUVENILIA

I

Vistió mi juventud oro y brocado.
En su capa de púrpura embozada,
la mano sobre el pomo cincelado
de su sutil y florentina espada,

la blanca pluma del chambergo al viento,
al luar de las noches estivales
bajo la esbelta ojiva de un convento
musitó sus primeros madrigales.

Y hubo una faz seráfica y radiosa
que tras la floreada vidriera
le escuchaba llorando silenciosa.

Y hubo una escala lírica tejida
con hilos de la rubia cabellera,
ante las plantas de Jesús caída.

II

Sobre el jardín deshoja el Mediodía
sus guirnaldas de púrpura y de oro,
mientras eleva el surtidor sonoro
sus penachos de viva pedrería.

Fermenta el aire la embriaguez del vino.
Entre los labios la palabra muere
de pereza, y al sol el nardo adquiere
un acre olor á sexo femenino.

Arde el jardín en la estival hoguera
y en su gran pebetero se consume
todo el aroma de la Primavera.

Y en su jardín de carne solitario
quema en el sol la Vida su perfume
como en las brasas de un gran incensario.

III

¡Alma, que vienes á mis reinos, llega
desnuda de cualquier mortal empeño,
y en holocausto de mi amor entrega
el virginal perfume de tu ensueño!

Vendrás á mis alcázares de oro
por los largos caminos visionarios.
Te conduce una estrella, y un tesoro
de gemas, portas, en tus dromedarios.

Mi lámpara encendí, pero aún no miro
fulgir el áureo velo que te viste
en medio de las sombras nocturnales.

Mas ya en las brisas del jardín aspiro
el perfume de nardos con que ungiste
tu cuerpo para nuestros esponsales.

IV

Cuando tiendo mis brazos á tu cuello
tu blancura romántica vacila,
y hay un fulgor astral en tu cabello
y fósforo de luna en tu pupila.

Es tu silueta como un lirio blanco
que deshoja en la noche su blancura,
sobre el musgo romántico de un banco
que sirve á nuestro amor de sepultura.

Blanca de luna y de cariño blanca...
La flor más blanca del pudor arranca
—como divina ofrenda de cariño—

mi mano, y temblorosa te la ofrece...
¡Ve cómo ante su blancura palidece
el místico blancor de tu corpiño!

V

Pálida Margarita sin fortuna
que hilando en rueca de marfil y plata,
escuchaste mi loca serenata
morir bajo los rayos de la luna.

Mi lujurioso amor es como una
embriaguez de veneno que nos mata,
y en mis ojos tu imagen se retrata
como en el fondo azul de una laguna.

Dejas abierta del jardín la puerta.
También tu carne, á mi cariño abierta
me ofreces bajo un palio de rosales.

Habla de amor la fuente á los jardines,
mientras lloran los blancos serafines
la muerte de tus sueños virginales.

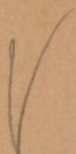
VI

Pobre alma, tan pálida y tan buena,
que en las oscuras celdas de mi hastío,
vas deshojando de terror y frío
tu mística blancura de azucena.

En tu lóbrega cárcel encerrada
te mueres, suspirando en tu agonía
por un soplo de brisa perfumada
y un rayito de sol y de alegría...

Tú soñabas abrir tu flor al viento
en el jardín humilde de un convento
perfumando los dedos de una santa.

Y hoy deshojas tu mística blancura
con la estéril tristeza de una planta
maldita, dentro de una sepultura.



VII

Cual restos del incendio, un humeante
rescoldo nimba el rústico poblado,
mientras perfuma el aire una fragante
frescura de maizal recién regado.

Como sobre un estuche de esmeralda,
en los joyeles de la lejanía
el crepúsculo finge una guirnalda
deshojando su rara pedrería.

La tarde es humeante, como incienso
de un antiguo y litúrgico holocausto,
y al temblar su fulgor en el intenso

blancor de tus ropajes monacales,
tu ascética figura adquiere el fausto
de bíblicas princesas orientales.

VIII

Flotaba destrenzado el ambarino
temblor de tu cabello sobre el pecho,
mientras te revolvías en el lecho
con un desesperezo de felino.

Filtrándose á través de los cristales
el sol un áureo alfanje semejava,
que al llegar á tus muslos se afilaba
para rasgar tus velos virginales.

Tembló tu cuerpo como una laguna
al beso de los vientos. Suspirando
entornaste los ojos soñadores,

y el rayito de sol fué como una
mariposa de oro que temblando
se posó en el clavel de tus pudores.

IX

La lámpara de oro que moría
arrojaba sus ténues resplandores,
y tu seno bouquet de vivas flores,
voluptuosos perfumes esparcía.

La luz murió, por fin, y en su agonía,
al apagar sus últimos fulgores
se entornaban tus ojos soñadores,
y un beso entre tus labios florecía.

Á través de las rejas entornadas
penetraron los lúbricos aromas
de ensueños y de cálices lejanos;

y en su nido de encaje acurrucadas
palpitaron dos tímidas palomas,
bajo el temblor de mis nerviosas manos.



X

Sobre ti, me incliné. Como cadenas
mis lujuriosos brazos te oprimieron,
y á tus castos escrúpulos vencieron
mis dulces frases, de cariño llenas.

La muerte como alivio de las penas,
tus labios balbucientes me pidieron,
y en un inmenso beso se sorbieron
hasta la última sangre de mis venas.

Cuando la golondrina, en la mañana
al húmedo cristal de mi ventana
con el ala llamó, muerto yacía

tu pálido perfil sobre mi pecho,
y una rosa de sangre florecía
entre las blancas sábanas del lecho.

XI

El verde musgo nos brindó descanso
bajo la selva húmeda y florida,
y el crepúsculo fué como un remanso
de paz en la inquietud de nuestra vida.

Para escuchar toda la angustia humana
en el divino encanto de mis quejas,
se asomaron tus ojos de sultana
bajo los ajimeces de tus cejas.

Fué cómplice el silencio vespertino...
Hubo en los aires un temblor divino...
Y turbando la paz de aquel sendero

bajo el fulgor de la primera estrella,
baló tu amor como un blanco cordero
que una mano litúrgica degüella.

XII

Baló tu amor como un blanco cordero
que una mano litúrgica degüella,
y nupcialmente se cubrió el sendero
con el velo de plata de una estrella.

Igual que un incensario, la arboleda
embriagó nuestras almas con su aroma,
y nos cubrió la noche con la seda
de sus líricas alas de paloma.

Cuando volví de ti, bajo los astros
brillaban tus desnudos alabastros,
y un ruiseñor agonizaba en una

trémula y fugitiva melodía,
sobre un rosal que místico entreabría
la nieve de sus rosas á la luna.

XIII

Sobre un rosal que místico entreabría
la nieve de sus rosas á la luna,
turbó la paz el ruiseñor, con una
nupeial y luminosa melodía.

Surgió tu voz, por fin, como un suspiro,
rasgando los encajes de tu seno...
La calma nocturnal era un zafiro
de plata de luar y estrellas lleno.

Como tras la locura de una fiesta,
presas aún de su temblor lascivo
alzamos nuestras sombras tumultares;

y al sacudir tu velo en la floresta
se embriagaron las brisas con un vivo
perfume á epitalamios y azahares.

XIV

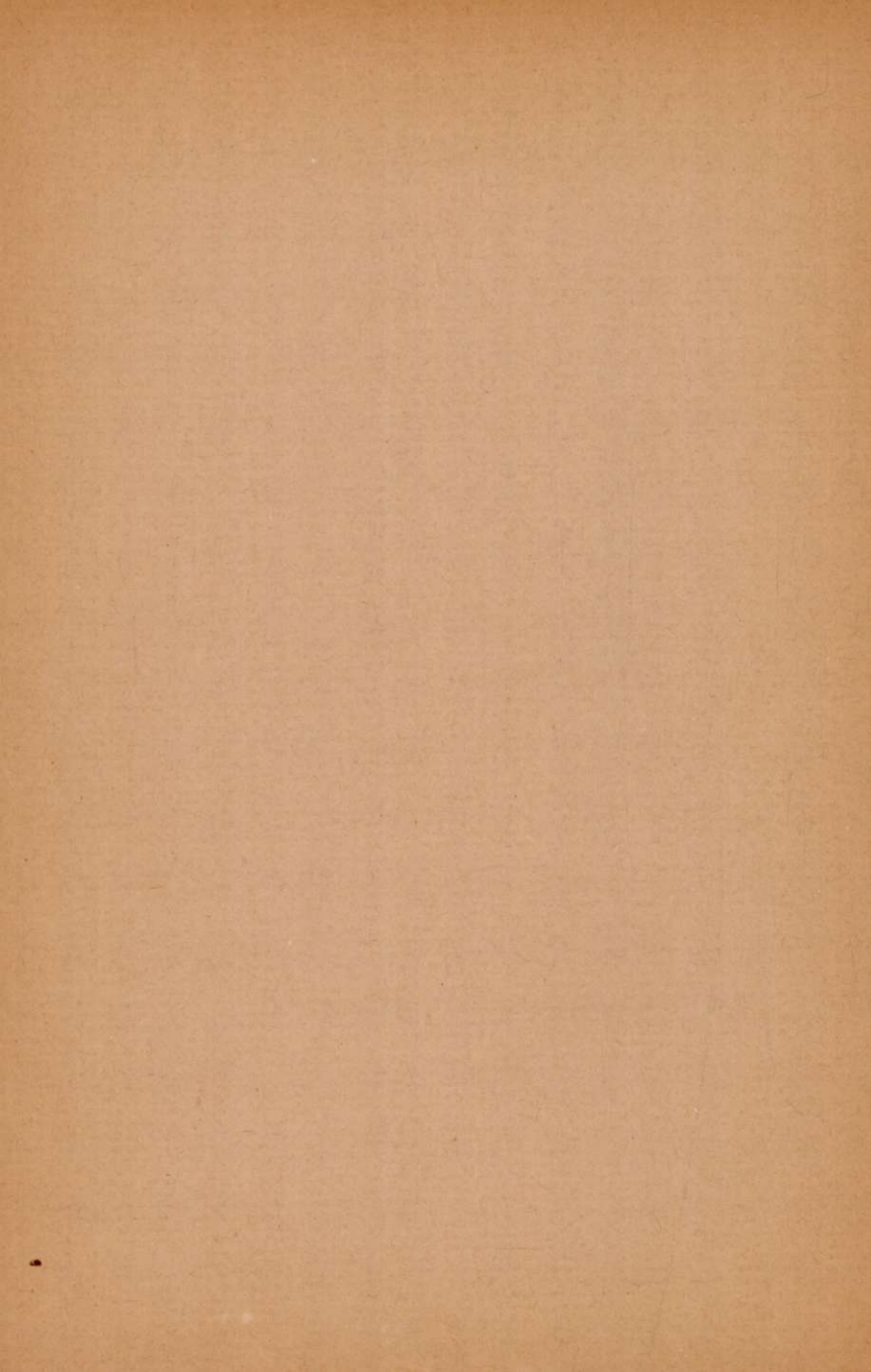
Bajo la cabellera destrenzada
el triunfo de tu carne al descubierto,
te quedaste en mis brazos desplomada
con la pesada rigidez de un muerto.

En la blancura de tu piel que ardía
y entre el dorado musgo de tu huerto,
el milagro del sexo florecía
cual purpúreo clavel recién abierto.

Entornaste los ojos y vi en ellos
fosforescer tan lúbricos destellos
que entre mis brazos te oprimí tan fuerte

que de nuevo gritaste dolorida,
y tus labios llamaron á la Muerte
en tus entrañas al sentir la Vida.

POEMAS



Kacida

Noble alazán. ¡Tus cascos hieren el duro suelo!
tus piernas se estremecen. Con la cerviz erguida
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
ansiendo que mis manos te abandonen la brida,

para tender al viento de la noche tu largo
cuello, en el raudo empuje del galopar experto,
entre nubes de polvo, vibrante cono un dardo,
barriendo con tus crines la arena del desierto...

El oro de la luna corona el alto monte...
¡Qué humeante devora tu nariz dilatada
las horas y el espacio, y vuela el horizonte
bajo las tempestades de tu planta ferrada!

Lejos, muy lejos queda su aduar. Acallando
con su voz el furioso gruñir de los mastines
de pie sobre un vallado, mi amada está expiando
tu humeante silueta por los anchos confines.

Postrados de rodillas los camellos dormitan,
los rebaños se agrupan en los viejos corrales;
sus troncos se contraen y sus flancos tiritan
cuando rugen leones ó aullan los chacaes.

Los nobles toros braman, amparando en sus ancas
á las vacas enfermas y á los novillos tiernos,
mientras rasgando nimbos de claridades blancas
elevan á la luna su círculo de cuernos.

Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte,
se encurva cautelosa la sombra de la fiera...
Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,
y en todo flota el trágico silencio de la espera...

¡Vuela alazán! Devora las arenas, que antes
que se ponga la luna tras los montes lejanos,
la amada nos aguarda... Tus flancos jadeantes
premiará con las dulces caricias de sus manos.

Cruza como una flecha los áridos confines,
devorando las horas en tu galope experto,
que te espera su mano para adornar tus crines
con ramos de las flores más bellas del desierto!

Hora de Paz.

Velada silenciosa
de trabajo y de paz.
La vida es una rosa
muy blanca y muy fugaz...

Sólo se escucha apenas
el tic-tac del reló,
y el latir de las venas
en nuestro corazón.

Bajo la ténue y clara
lámpara familiar
enrojece tu cara
sobre un libro... Temblar

se oye la lluvia sobre
el cristal del balcón...
(Es igual que una pobre
limpia la habitación.)

Yo silencioso escribo,
mirando tu perfil,
el poema lascivo
de una noche de Abril.

Velada silenciosa
de trabajo y de paz.
La vida es una rosa
muy blanca y muy fugaz.

Magdalena

En un viejo retablo te he visto
en el suelo la faz, despeinada,
y llorando de pena, abrazada
á las santas rodillas de Cristo.

Suave rostro moreno y delgado...
¡pobres labios exangües y ardientes
que bebieron en todas las fuentes
y en ninguna su sed han saciado!

Palidez de tu tez ojerosa...
¡Blancas manos de lirio, irreales,
que sangrando en los frescos rosales
no han logrado coger una rosa!

¡Pobre cuerpo de Ester macerado,
de preciosos perfumes unjido,
que desnudo la vida ha pasado
en espera de su Prometido!

Al llamar el viajero á la puerta,
temblorosa tu mano le abría,
y una voz interior te decía:
—Ya ha llegado el Amado... ¡Despierta!

Pecadora romántica y loca,
que te entregas feliz y anhelante,
y al besar, suspirando, al amante,
todo el cuerpo y el alma son boca!

Fué tu lecho, á las brisas abierto,
un refugio al dolor de la vida,
y hoy es sólo una tumba florida
donde todos tus sueños han muerto.

Es sagrario bendito tu seno...
El vencido, sobre él reclinado,
¡cuántas veces su suerte ha olvidado!,
y ha pensado una vez en ser bueno.

Tu hermosura, tu franca alegría,
nuevamente de amor inflamaban
á los ojos que ya no lloraban
y á la boca que ya no reía.

Has prendido al deseo en tus lazos,
coronado de vides y flores...
¡Cuántas almas, sedientas de amores,
han llamado á la muerte en tus brazos!

—He brindado á los tristes consuelo—
di, al pasar, á la casta doncella
y verás cómo tímida ella
baja roja los ojos al suelo.

En un viejo retablo te he visto
en el suelo la faz, despeinada,
y llorando de pena abrazada
á las santas rodillas de Cristo.

Flor de Luna

Encaje
de plata. Paisaje
de trémula nieve.

Viva plata llueve
la luna en tu traje!

Tus manos de una
palidez de luna,
sobre los jardines
deshojan jazmínes.

Nievan azahares
de la Primavera
en tus blancos senos.

Sollozan cantares...
Todo es blanco menos
tu áurea cabellera
que es todo un tesoro
de seda y de oro.

Blancura...

Blanca como el flanco
de una estatua... Pura
como un lirio blanco
sobre los altares...
Sobre tu hermosura
nievan azahares...

Dejándome triste
de blancura huiste
por entre el encaje
lo mismo que una
claridad de luna
que nubla un celaje...

Encaje
de plata. Paisaje
de trémula nieve.
Viva plata llueve
la luna en tu traje!

El Peregrino eterno

Yo perseguí por todos los caminos
la sombra errante del amor que pasa,
cantando con los viejos peregrinos
que mientras tiembla la postrera brasa
de la tarde en las cumbres seculares
y el Ángelus al claro azul del cielo
tiende las alas y remonta el vuelo,
regresan á la paz de sus hogares...

Y no la pude ver en mi camino...
Y sólo polvoriento y desangrado,
víctima del azar de mi destino,
torné á mi hogar y lo encontré cerrado.

Mi trémulo bordón llamó á la puerta,
y oí una voz antigua que gemía
como el recuerdo de una cosa muerta...
¡Y era la voz de la esperanza mía!

—Huye, pobre viajero extraviado,
santíguate al cruzar, y raudo pasa...
No proyecte la sombra de esta casa
su maleficio sobre ti. Tu Hado
te proteja en la bárbara jornada...
No puedo abrir la puerta... Por mí ruega...
De esperar me quedé petrificada
y de tanto llorar me encuentro ciega!

—No me conoces?

—No!

—Yo soy tu dueño!

—Mentira! Él se marchó. Se fué deprisa
á buscar por el mundo la sonrisa
de un labio mudo que miró en un sueño.
Y no vendrá jamás! Su cuerpo inerte
se deshace entre el polvo del camino,
y su alma... Su alma está en la Muerte,
más allá del Amor y del Destino.—

Y me perdí en la sombra, indiferente...
¿Para qué ansiar el goce
cuando nuestra morada no nos siente
ni la propia esperanza nos conoce?

Balada

Clara agua del río,
si llegas al mar,
dile al amor mío,
joven marinero
que en la ausencia muero
de tanto esperar!

Primavera empieza...
Todo ha florecido...
¡Lirio virginal,
de tu alba pureza
mi amor ha tejido
su traje nupcial!

Corre agua del río,
cantando al mar baja...
¿Por qué se detiene
tu claro cristal?



Dile al amor mío,
que si á mí no viene,
será mi mortaja
mi traje nupcial!

Madrigal

Para tocar tu frente
blanca de ensueño y de ideal,
quiero una estrofa transparente
que te envuelva levemente
como un tupido almaizal.

¡Que sólo su blancura inmaculada
rasgue el incendio de tus labios rojos,
y el relámpago azul de tu mirada
en la profunda noche de tus ojos!

Voces lejanas

Clara voz de ruiseñor
que encantó mi primavera...
¡Voz piadosa; la primera
que al alma le habló de amor!...

Aunque sé que te he perdido
para siempre, aun cuando sé
que jamás te escucharé,
¡aún resuenas en mi oído!

Voz, que todas las mañanas
despierta mi corazón,
como un clamor de campanas
tocando á resurrección...

Tu extraño lenguaje ignoro,
más en ti sólo confío;
y oyéndote á veces, río,
y oyéndote á veces, lloro.

Voz de ensueño que venías
mis silencios á alegrar...
¡Voz de besos, que morías
llamándome al expirar!...

¡Aún en mi oído resuenas!...
El alma en todo te siente:
en el agua de la fuente
y en la sangre de mis venas!...

Voz de rezo y de piedades
que perfumaste de rosa,
las obscuras soledades
de mi vida silenciosa...

Voz para siempre perdida
al dejar su labio inerte...
¿Eres la voz de la vida,
ó eres la voz de la muerte?

PENUMBRAS

I

Igual que un leñador curvado al peso
de oloroso romero: Así mi vida,
y toda te la diera por un beso,
por tu beso que es bálsamo y herida.

Y llegaste á mis penas, sonriente,
de no se qué quiméricos países,
y tu labio otoñal besó mi frente;
y mis cabellos se tornaron grises.

¡Hada de Otoño! La última llegaste
á mis jardines, y me acompañaste...
y á tus caricias mi existencia extática,

como bajo el misterio de la luna,
súbitamente se cubrió de una
blanca y palustre floración acuática!

II

Mi vida es una ola que en la obscura
noche de los misterios ha surgido,
y va á morir, rugiendo de amargura
en las playas de lo Desconocido.

Ante el Misterio, pobre barro humano
todo el orgullo de tu estirpe inmola...
Es una ola para un océano
lo que una gota de agua en una ola.

Mira dentro de ti, si eres sincero,
y tu mezquina pequeñez conoce...
Todo es mejor que tú, y hasta esa hormiga

que va arrastrando el grano á su hormiguero
es más feliz también, pues desconoce
la causa y la razón de su fatiga.

III

Tanto dolor mi corazón encierra
que al peso del dolor rindo tributo,
igual que un árbol que se inclina en tierra
bajo el agobio de su propio fruto.

El vuelo de las horas he pasado
en un grito constante y dolorido...
Lloré por todos los que no han llorado,
sufrí por todos los que no han sufrido.

Para olvidar las llagas de mi duelo,
en alas de mi loca fantasía
mi ardiente juventud he malgastado...

Ya no tengo esperanzas ni consuelo,
pues sé también que es sólo la Alegría
el eterno Dolor enmascarado.

IV

Por las tardes se llenan las glorietas
de juegos y de risas infantiles.
Ruedan aros, atruenan panderetas,
y redoblan los broncos tamboriles.

El reflejo del sol es más dorado,
y hasta el aire se llena de fragancia
al destrenzar con vuelo sosegado
las rubias cabecitas de la infancia.

¡Oh, ser niños! Vivir igual que un ave
Entre jardines y entre mariposas...
Ser feliz, ignorando á lo que sabe

la manzana prohibida del Pecado,
y en las tardes de Mayo coger rosas
para la Madre del Crucificado!

V

Corto, para mi andar, todo camino!
para mi sed pequeño el océano...
¡La Ambición! Inmortal óleo divino
con que Dios purifica el barro humano!

Todo tiene ambición! El niño llora
por coger una estrella con su mano,
y ser niño otra vez caduca implora
la postrera esperanza del anciano.

Dichosos los que aspiran á imposibles
los que tienen el alma ilusionada,
pues su ambición les alzará del lodo

hasta las cumbres más inaccesibles!...
¡Triste de mí, que ya no aspiro á Nada,
pues para mi ambición es poco Todo!

VI

¡Paz, un poco de paz, y mucho olvido
para tanta inquietud como devora
mi espíritu y mi carne, sólo pido,
Señor, y sangre, mi pupila llora!

Paz, un poco de paz, aun cuando sea
la eterna del sepulcro, ya cansado
de tanta lucha, el corazón desea,
¡a su eterno dolor encadenado!

Y olvido, mucho olvido, para tanta
memoria lacerante que hincha ahora
de gritos y sollozos mi garganta...

Cerrar los ojos á mis propios males,
aunque jamás las perlas de la aurora
vuelvan á fulgurar en mis cristales

VII

Fatalidad ¿dónde mi amor arrojas?
Adversa suerte irresistible y ciega
con mis quimeras y mis sueños juega
igual que el viento con las secas hojas.

Ante mis plantas, el abismo abierto,
me brinda la quietud de su reposo,
mientras pálido, triste y silencioso
me pierdo entre los vivos como un muerto.

Igual que un pobre ciego que camina
temblando al borde de una sima oscura
y sus propios peligros adivina,

así atravieso, sin que el labio exhale
un grito, al borde de mi sepultura,
sólo esperando que mi pie resbale.

VIII

A otro mundo mejor remonta el ala,
¡oh, pobre corazón! La vida es bella,
pero la gente es miserable y mala
y no te dejan respirar en ella!

Cuando tus ojos á la luz abriste
que era un edén la tierra imaginaste,
pero después te pareció tan triste
que de tanto llorar ciego quedaste.

El amor, la amistad, todo es mentira.
No encontraste en el mundo quien te diera
una sola palabra de consuelo...

Y mi doliente corazón suspira:
—Ya sin un Dios en quien creer ¿qué espera
mi ciega Fe, bajo el azul del cielo?

IX

Tanto tiempo he vivido aprisionado
en los duros grilletes de mis penas,
que como un viejo preso le he llegado
hasta á tomar cariño á mis cadenas.

Y quizá si una mano me arrancara
el peso de estos fuertes eslabones,
mi corazón de pena sollozara
al dejar para siempre sus prisiones.

Á este nuevo suplicio me condena
tu divina piedad libertadora.
Supo mi corazón cómo se pena

cuando un fugaz placer se desvanece...
Y ahora sabe también cómo se llora
cuando en nosotros un dolor perece!

X

Al són de la guitarra lastimera
solloza la estridente melodía
de la pobre cantante callejera
que siempre el corazón te entristecía.

Y yo, pensando en ti, contemplo el cielo
espléndido y azul, blanco de luna,
y á medida que canta, siento una
sensación de infinito desconsuelo.

Siento pasar mi vida, sollozando
también, al triste són de la guitarra,
un poco de consuelo mendigando,

y entristeciendo á algunos corazones,
mientras el alma entera se desgarrar
para dar alimento á mis canciones.

LAS PALOMAS DISPERSAS

I

En la miseria de mi vida tengo
también horas reales, fastuosas,
cuando á vagar á tus jardines vengo,
á soñar y á morir entre sus rosas.

Horas en que mi paso no se siente,
y caminando por las nubes vamos
y al mirar los cristales de la fuente
el agua y yo, sin voces nos hablamos.

¿Qué me importan los bárbaros y ruines
caprichos de la suerte pasajera?...
Soy el solo señor de tus jardines,
y tus jardines son la vida entera.

II

¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho
como agónica lámpara la vida.

Cuando mi cuerpo rígido se halle
y se vidrie el cristal de mis pupilas
cubre mi rostro con aquel pañuelo—
blanco sudario de pasadas dichas—
que enjugó tantas veces nuestras lágrimas
en la noche fatal de mi partida.

En el verde sendero que sombrean
acacias y magnolias florecidas,
bajo el doliente sauce solitario
donde á alegrar mi corazón venías,
cava una tumba, y siembra sobre ella,
entrelazado con su cruz bendita
aquel rosal de cálices de nieve
que perfumó nuestras nocturnas citas.

III

Mi vida es como esos pedernales
que bajo el golpe del dolor chispean...
Para que triunfe el sueño de mi gloria
será preciso que mi cuerpo muera.

Entonces lagrimosa, irá la Envidia
de luto el traje y con las trenzas sueltas
á sembrar sus laureles en mi tumba,
y á coronar mi frente de violetas.

Con torpe mano quemará los leños
de mi suplicio y con las mismas piedras
con que intentara lapidar mi nombre
levantará la estatua del Poeta.

Y tú mi vieja amiga, tú, la única
que en mis horas de angustias y miserias,
compartiste mi pan, mi sal, mi vino
y hasta el humilde lecho de mis penas

igual que una viuda inconsolable
roto el vestido y con las trenzas sueltas,
vagarás al azar por los caminos;
y las gentes dirán cuando te vean:

—Mirad cómo camina por el mundo,
la loca inspiradora de un poeta...

Mi vida es como esos pedernales
que bajo el golpe del dolor chispean...
Para que triunfe el sueño de mi gloria
será preciso que mi cuerpo muera.

IV

Desnuda penetraste en la caverna
de mis ansias ardientes y feroces
donde con las melenas enrespadas
rugían mis famélicos leones.

Encorvados estaban para el salto,
prontas las zarpas y los pies veloces,
abiertos los abismos de sus fauces
cuando al mirar tus ojos soñadores,
acallando el furor de sus deseos
ante tus plantas se postraron dóciles...

¡Y en vez de devorarte, ante tus plantas
se murieron de hambre mis leones!

V

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas
al pie de la recóndita capilla,
en una vieja iglesia solitaria.

Nadie á rezar se acerca; nadie dobla
su rodilla ante el ara de esa santa
que el polvo de los años va borrando
en la vetusta tela deslustrada.

Virgen de la Sonrisa, la que tiene
las manos á los cielos levantadas,
la túnica de oro y pedrería,
y el terror de la noche en la mirada...

Todo está muerto en ella, hasta el cabello
que pende inmóvil por la yerta espalda...

Sólo sus labios lívidos sonríen;
y su dulce sonrisa es una lágrima
que no termina de caer, suspensa
en los rubíes de su boca pálida...

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas
al pie de la recóndita capilla
en una vieja iglesia solitaria.

VI

¡Volvamos á soñar! La vida pasa
desnuda por los campos soleados,
agitando su tirso floreciente
y perfumando el aire con sus cánticos.

Para copiar su imagen se detienen
las aguas en la plata del remanso;
vuelven las golondrinas para oírle
y los yermos florecen á su pasc.

Vida, ¡volvamos á soñar! ¡Soñemos
con nuestro nuevo amor! Arde en el campo
la lujuria del sol, y se retuercen
en crispadas caricias nuestras manos;
hierven las venas, y crepita el beso
como una brasa viva entre los labios...

Dobla tu blanco torso palpitante
en los temblores del supremo abrazo,
sobre la tibia carne estremecida
que palpita de fiebre entre tus brazos.

¡Volvamos á soñar! La vida pasa
desnuda por los campos soleados,
agitando su tirso floreciente
y perfumando el aire con sus cánticos.

VII

¡Tú para mí! Tus labios en mis labios;
tus brazos enlazados á mi cuello,
y todo el oro de tu cabellera
velando la avidez de nuestros besos...

Y tus palabras para mí, llenando
de música y caricias el silencio:
tu voz que en el sepulcro de mi alma
es un *¡fiat lux!* que resucita muertos.

Tú para mí. La vida nos ha unido
en un abrazo y en un beso eternos...

¡Ven! En las arideces de la senda,
cuando se canse de sufrir tu cuerpo,
mis brazos sostendrán tus timideces
y su almohada te dará mi pecho...

¡Ven! La noche es propicia. ¿Qué te importa
que en la tiniebla nocturnal, el miedo
haga temblar tus carnes y hasta erice
en un furor de furia tus cabellos?

Mi mano te guiará. Nuestro camino
será una copla eterna, y el silencio
jamás se hará á tu lado mientras queden
cantos al alma y á los labios besos.

VIII

Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo, que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda.

Con ventanas abiertas al cielo,
de jazmines y nardos cubierta,
donde tú por las tardes te sientes
á bordar tus ensueños de seda

mientras yo dulcemente, en voz alta,
reclinado en tu falda, te lea
las canciones más hondas y tristes,
de mis tristes y amados poetas,

los *lieders* dolorosos de Heine,
de Musset las nocturnas quimeras,
de Leopardi la inmensa amargura
y de Becquer las dulces tristezas.

Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda.

Con su sala de antiguos espejos
perfumada de frescas violetas,
donde en las largas veladas lluviosas
tú les hagas llorar á las teclas

de Beethoven la inmensa poesía,
de Mendelssohn las vagas tristezas
y del pobre Chopín y de Schubert
melancólica música enferma.

Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda.

Con arroyos que bajen cantando,
salpicando de espumas sus puertas,
que en las cálidas tardes de estío
con sus frescas canciones nos duerman.

Con jardines de rosas y fuentes,
avenidas de acacias cubiertas
que á la luz de la luna crucemos
como sombras de antiguas leyendas,

y con bancos musgosos adonde
al besar tu faz pálida, vea
como en una laguna muy honda
en tus ojos brillar las estrellas.

Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda.

IX

Me hiere la traición, pero no huyo;
y me dejo morir apuñalado
igual que Julio César, embozado
en el manto solemne del orgullo.

Y viendo que también me das la muerte,
esclamo resignado, en mi agonía:
Tú también, hija mía!...
y me cubro la faz para no verte!

X

Ni una cruz en mi fosa. En el olvido
del viejo camposanto,
donde no tengo ni un amigo muerto,
bajo la tierra gris sueñan mis labios,
y de sus sueños silenciosos brotan
amarillos y tristes jaramagos.

Si alguna vez hasta mi tumba llegas,
lleva estas pobres flores á tus labios...
Respirarás mi alma... ¡Son los besos
que yo soñaba darte y no te he dado!

XI

Cual guarda la marina caracola
el rumor de la ola,
así guarda mi oído la armonía
de tu cálida voz... Todo se ha hundido
en el brusco naufragio del olvido...

Sólo tu voz es mía...
¡Es el único bien que no he perdido!

XII

Alguna noche llamaré á tus puertas,
é inmóvil quedarás cuando las abras
al verme entrar más pálido que un muerto.
con la lívida faz ensangrentada...

Y huirás de mí... Y tornaré de nuevo
á perderme en las sombras de la Nada,
sin decirte mis labios, en un beso,
todo cuanto en la vida te callaran!

XIII

Nuestro amor fué cual esos
niños recién nacidos que una aleve
madre para salvar su honor arroja
una noche de invierno, entre la nieve
junto al quicio ruinoso de una puerta,
y abandonado de frialdad se muere
para servir de pastos á los lobos
que del monte famélicos descienden
con elásticos pasos silenciosos
y pupilas de luz fosforescentes...

XIV

Le dije al joven taciturno y pálido
que en mi mesa escribía:
—¿Á quién escribes, di, todas las noches
que se arruga tu frente pensativa,
y á veces hay suspiros en tus labios
y las lágrimas velan tus pupilas?

Y el joven, silencioso á mis preguntas,
riendo respondía...
y era mucho más triste que sus lágrimas
el amargo desdén de sus sonrisas!

Le dije al joven orgulloso y dulce
que en mi mesa escribía:

¿Á quién escribes, di, todas las noches
que se encienden de pronto tus mejillas,

y á veces brotan besos en tus labios
y se entornan temblando tus pupilas?

y el joven, sonriente, á mis preguntas
riendo respondía...

¡Y era más dulce que el más dulce beso
el rictus sensual de su sonrisa!

XV

A ser pura mis celos te condenan.
Entre las sombras estaré velando,
para que hambriento de pasión el Angel,
no manche, no, sus plumas en el fango.

Esa sed de caricias que te abrasa
jamás has de saciar en otros brazos;
entre tú y ellos se alzaré mi sombra
como un remordimiento del Pasado.

Tísica has de morir. Y alguna tarde
de Primavera, con tu traje blanco,
con un ramo de azahar sobre tu pecho
y una palma de virgén en las manos,
sobre un nívco ataúd lleno de flores
á hombros te llevarán al camposanto.

Y algún viejo y cruel sepulturero
bajo la tierra te hundirá cantando
una canción obscena y canallesca,
que huele á burdel, á vino y á tabaco.

Yo, protegido por la obscura noche,
negro ladrón las tapias asaltando,
como una hiena, al borde de tu fosa
me acercaré con silenciosos pasos...

Y allí tú serás mía. ¡Habrás de darme
todo cuanto en la vida me has negado!
—¿Qué hiciste te diré, de mi ternura?
¿Qué has hecho del amor, del entusiasmo,
de tantas cosas bellas de mi vida?..

Y oprimiré tu cuello entre mis manos,
hasta que rompan de dolor tus ojos
la morada clausura de tus párpados!

XVI

El rumor del arroyo, con el viento
allá á lo lejos, temblador, se pierde
en la frescura de la tierra verde,
suspirante y fugaz como un lamento.

¡Así se fueron las alegres horas,
y sólo te dejaron con tus penas,
alma imposible que en silencio lloras
la eterna ausencia de las almas buenas!

La tiniebla empañó la luz del día;
la selva se hizo oscura,
y al verte sola allí, con tu amargura,
trocóse en sobresalto tu alegría.

Sobre ti lentamente fué cayendo
la humedad de la lluvia, y la neblina
en su ciego sudario va cubriendo
tu móvil ambición de golondrina.

El viento se estrelló contra tu pecho
como en un muro, y al rasgar tu manto
fluctuante á la noche, calló el canto
contra tu orgullo secular deshecho...

Espanto fugitivo de la Hora...
Hora roja de horror... Su voz parece
que de espanto en la sombra desfallece
y cual la lluvia se deshace y llora!

XVII

Toda mi vida es cristalina,
mas bajo el claro cristal guarda
mi enfermo espíritu una amarga
soturnidad de agua marina.

Como la bíblica manzana
de que nos habla Salomón,
por fuera finje que está sana
mas tiene enfermo el corazón.

Rodó mi dicha en el vacío;
mi alma es esclava del pesar,
por eso á veces me sonríe
porque no puedo sollozar.

Nada á mis ojos le he negado,
nada á mis labios les rehusé,
cuanto he querido lo he logrado
y hasta mis ansias realicé.

Á veces un aplauso escucho,
ó aulla á mis pasos el rencor...
Mis treinta años saben mucho
de gloria, de envidias y de amor.

En mi perpetua primavera
más de una virgen desnudé
y hasta la gloria, esa ramera,
fiel á mi tálamo le fué...

¡Que ladre el perro! Indiferente
cruza al galope mi trotón...
¿Qué importa el odio? La serpiente
rompe en la lima su aguijón!

Toda mi vida es cristalina,
mas bajo el claro cristal guarda
mi enfermo espíritu una amarga
soturnidad de agua marina.

X VIII

¡Señor, piedad! La hora
última se aproxima...
Mi lágrima postrera
va á llorar la clepsydra.

¡Señor, por vuestra Santa
Pasión, por las espinas,
las lanzas y los clavos que te hirieron,
por el dolor inmenso de María
por todos los dolores que sufriste,
¡ten piedad de esta vida,
que entre tus manos tiembla
igual que un ave herida!

¡Señor, piedad de mí! Suena la hora,
y se cierran de miedo las pupilas
viendo temblar la última
lágrima silenciosa en la clepsydra!

XIX

El camino polvoriento
allá á lo lejos se pierde
entre la campiña verde
bajo el azul firmamento.

La recua desfila lenta,
y va el mayoral cantando
el aire doliente y blando
de una canción somnolienta.

Rezan remotas campanas
el Ángelus... Atardece.
Blanca la luna florece
sobre las cumbres lejanas.

¡Oh morena segadora
que á tu hogar vas de regreso,

dame el recuerdo de un beso
bajo la paz de esta hora!...

Y se perdió en el sendero
dejándole á mi tristeza
un perfume de belleza
y un fresco olor á romero.

XX

Grabé tu nombre en un árbol
en un vértigo de amor,
y lo grabé tan profundo
que hasta el árbol se secó.

Me toco al pecho y no siento
latir á mi corazón,
y recordando tu nombre
pienso, lleno de terror,

¿si habrá lo mismo que al árbol.
pasado á mi corazón?

XXI

El huracán ha invadido
el silencio de la aldea.
Aullan los lobos; arañan
las ventanas y las puertas
y al empuje de su asalto
hasta las paredes tiemblan...

Las voces de terror callan;
los que duermen se despiertan.

Los niños lloran de miedo
y se santigua la abuela.

—¡Recemos!—alguien murmura,
y todos temblando rezan,
mientras doblan por sí solas
las campanas de la iglesia.

XXII

Blancas palomas místicas
que atraviesan el cielo
azul, vertiendo sangre
de sus heridos pechos,
buscando el blanco palomar lejano
para morir allí donde nacieron.

Igual que esas palomas, á ti, Amada,
vuelan sangrando de dolor mis versos!

EL JARDÍN BOHEMIO

I

Esta miseria que me apremia
la Vida, á solas padecí...
¡No alegró nunca mi bohemia
la fresca risa de Mimí!

Nadie en mis noches angustiosas
puso en mis sombras una luz,
ni hubo mujeres lacrimosas
que se abrazaran á mi cruz.

Mezelé con lágrimas mi vino,
y sufrí á solas mi destino
siempre esperando tu llegada...

¡Con cuánto amor mis ojos ven
sobre el blancor de la almohada
el tibio hueco de tu sien!

II

Nuestras dos sombras en la senda
juntas la luna proyectó
en una trágica leyenda
que un áureo alfanje ensangrentó!

Por el rencor asesinados,
en un sangriento amanecer
juntos caímos abrazados,
bajo el amparo de un ciprés.

Y desde entonces enlazadas
vagan dos sombras silenciosas,
bajo el obscuro cipresal.

Y ante sus pasos, agostadas,
van deshojándose las rosas
en un fragante agonizar.

III

Un jardín y una
mujer que me quiera;
ruiseñores, luna,
rosas...

¡Primavera,
dame tú el olvido
de todos los dardos
que al pecho han herido!..

¡Cúrame con nardos
de carne morena
la profunda herida
que me abrió una pena
y encontró la Vida!

IV

Floreció la tierra entera.
Ven al parque, amada mfa,
y rimaré tu poesía
con la de la Primera.

Tu voz será una sonata
que la brisa en la espesura
prologue el eco de plata
de su infinita dulzura.

Sacude tu traje blanco
sobre el musgo de este banco...
y entre el frescor de las fuentes

y fragancias de jazmines,
cruzaremos los jardines
como dos convalecientes.

V

En medio de la glorieta
del jardín, en aquel banco
yo coloqué una violeta
sobre tu corpiño blanco,

mientras por el claro cielo
tu mirada se adivina
tenaz perseguir el vuelo
de una fugaz golondrina...

Jamás los rosales vieron
flotar tu cabello suelto...
Las golondrinas volvieron...

Hay perfumes de violeta...
Tan sólo al parque no ha vuelto
la alba novia del poeta.

VI

Lenta mi vida se consume,
y perfumado en tu amor muero,
como la gracia de un perfume
en tu morisco pebetero.

Sólo á través de tu mirada
negra y fatal, la vida veo;
y está en mi carne ensangrentada
como una espina tu Deseo.

Sobre tu viejo dromedario
llegas al carmen solitario
donde florecen mis quimeras,

y abre tu mano de marfil
sobre mis viejas primaveras
todas las rosas de tu Abril.

VII

En el retiro de mi huerto
lleno de rosas perfumadas,
para besarte ya han abierto
sus rojos labios las granadas.

Tiene tu nombre en el recuerdo
tan fresca y lírica dulzura
que al pronunciarlo aspiro y muerdo
una granada ya madura.

Fruto de amor y de Pecado
como tu beso perfumado
y me recuerdan sus rubíes

el bermellón de tus encías
cuando lasciva me sonrías
tras las caladas celosías.

VIII

Todo el estanque está de fiesta;
y en su cristal claro y sonoro
entre el verdor de la floresta
fulgen al sol naranjos de oro.

Es blanco el lirio de tu traje,
la sombra azul de tu mirada
da á la pureza del paisaje
otra pureza inmaculada.

Tu faz más blanca se revela
que las alburas de la tela
sobre el cristal espejeante,

y son más aureos tus cabellos
que el sol que nimba tu semblante
con la fluidez de sus destellos.

LOS ROMANCES DEL CAMINO



I

San José era carpintero
y la Virgen panadera,
y el Niño Jesús, los días
que llueve y no tiene escuela,
va á recoger las virutas
que se escapan de la sierra,
y en el horno de su madre
sus santas manos las echan.

Mientras las piedras del horno
lentamente se caldean,
vuelve al taller de su padre
y con manos inexpertas,
ayudado por los ángeles,
labra una cruz de madera.

Y San José dice al verlo:
—¿Por qué, Jesús, siempre juegas

con escoplos y cepillos
á hacer cruces de madera?

Y el Niño Jesús responde
con su voz alegre y fresca:
—Porque quizás algún día
me habrán de clavar en ella!

Y los rubios angelitos
al escuchar la respuesta,
abandonan el trabajo,
y llenos de espanto vuelan,
derramando entre las nubes
tristes lágrimas de pena!

II

Tejedor que estás cantando
mientras los telares mueves,
calla tu canción de amores,
pues mientras tejes alegre

vestidos para tu novia,
también teje
el crespón de su mortaja
en sus telares la Muerte.

¿No oyes doblar las campanas,
y allá á lo lejos no sientes
aullar los perros del viento
á algo que en las sombras viene?

Oirás llamar á tu puerta
antes que el alba azulée...

y entrará gente enlutada
de tu amor á condolerse...

Unos te dirán:—¡Paciencia!,
y otros llorarán:—¡Sé fuertel...
¡Los bienes que Dios nos dió
justo es que Dios se los lleve!

Y te traerán su sortija,
el collar y los pendientes,
y sus rizos aún mojados
por el sudor de sus sienes...

Tejedor que estás cantando
mientras los telares mueves,
calla tu canción de amores,
pues mientras tejes alegre

vestidos para tu novia,
también teje
el crespón de su mortaja
en sus telares la Muerte.

III

—Condúceme á la otra orilla,
joven barquero, que en ella
mi amada me está esperando
y se muere de impaciencia.

—Si quieres que en esta barca
te lleve á la orilla opuesta,
dame todos los doblones
que llevas en la escarcela.

—Ya te he dado mis doblones...
¿Por qué á la orilla no remas?
Antes de morir la tarde
ofrecí á mi amada verla...

—Si quieres ver á tu amada
antes que la tarde muera,

dame ese puñal de oro
que prendido al cinto llevas.—

Sintióse un rumor muy tenue,
como un rasgarse de sedas...
Un grito ahogado en las aguas
estremeció la ribera,
y en la hoja ensangrentada
brilló la primera estrella...

La luna doró la Noche,
mientras en la orilla opuesta,
sollozando bajo un sauce
en vano la niña espera.

IV

—Después de besar mi mano
se fué esfumando en el fondo
de los espejos quiméricos,
empolvados y borrosos,
rasgando el hondo silencio
con sus espuelas de oro.

Yo le vi desde la almena,
montar de un salto en el potro,
y perderse con los suyos
entre una nube de polvo,
con su amplio manto de púrpura
flotando sobre los hombros.

Por los brazos y las piernas,
cubierto de sangre todo,

cuatro pajes le trajeron...
Detrás relinchaba el potro...

Mi mano lavó su herida,
mi labio cerró sus ojos...

Y todas las noches surge,
como un fantasma del fondo
de los espejos quiméricos
empolvados y borrosos,
rasgando el hondo silencio
con sus espuelas de oro.

V

—Tú le has visto. Tus pupilas
sus pupilas reflejaron.

—Tú le viste. En tus oídos
su acento quedó vibrando...

—Aún en tus manos aspira
el perfume de sus manos...

—Aún en tu voz vibra y sueña
la dulzura de sus labios...

—Era moreno. Sus ojos
eran negros y rasgados...

—No, mi hermana, más azules
que las aguas del remanso.

—Sus cabellos eran negros...

—Eran como el sol, dorados...

—Llegó vestido de púrpura,
jinete en negro caballo...

—Su túnica estaba rota,
sus pies estaban descalzos...

—Un azor preso en el puño
y una espada en el costado...

—La sién ceñida de espigas,
con el pecho atravesado,
y cuatro clavos de sangre
en la palma de sus manos.

VI

—Madre, madre, ¿no ha venido?

—Aún no vino...

—No me engañes!

Sentí trotar su caballo
en las piedras de la calle.

Ya sube las escaleras...

¿No escuchas, cómo acercándose
va el rumor de sus espuelas
de oro, por las salas? Abre
la puerta, que está llamando!...
¿No le ves que llega, madre?...—

La voz deshizo de pronto
una ráfaga de aire.
Tembló la luz de la lámpara;
se rompieron los cristales,
y un largo aullido de perros
turbó la paz en la calle.

VII

La noche llegó callada,
y se entró en mi corazón
para guardar en sus sombras
los tesoros de mi amor.

De ébano te hizo la noche;
de ébano te quiero yo...
Para que nadie te vea
te oculto en mi corazón!

La sombra, un negro, vigila
las puertas de tu prisión,
y en tus pupilas dos negros
van custodiando mi amor!

Negros que mi amor guardáis,
guardadlo con tal tesón
que ni él mismo se dé cuenta
ni pueda mirarlo yo!

VIII

En estas tardes lluviosas
mientran los vientos arrastran
las hojas secas del bosque
me aproximo á la ventana.

Temblando lluvia los árboles
se reflejan en las charcas
amarillentas. Las sendas
se esfuman en la distancia...

Recodos donde el viandante
antes de emprender la marcha
agitando su pañuelo
la despedida nos manda.

Al verlo partir, acuden
á nuestros ojos las lágrimas;

en los labios agonizan
de presagio las palabras,
y las pupilas, del brillo
de la luz, turbias se apartan
para hundirse en la ceniza
de la lumbre que se apaga.
A veces es una tímida
silueta que fugaz pasa...

Fué muy larga y dolorosa
la despedida. Enlazadas
nuestras manos no querían
separarse. Se besaban
ávidamente los labios
entre suspiros y lágrimas...

Y la miramos borrarse
en el gris de la distancia
por la senda donde nunca
regresan los que se marchan.

IX

Hemos perdido el camino
de luz que á la tarde lleva.

Están las sendas del bosque
encantadas de tinieblas,
y en el temblor de las charcas
fosforecen las estrellas.

Mi bordón inútilmente
golpeó todas las puertas.

Temblé de espanto y de frío
mientras la nevada lenta
con su sudario de hielo
iba cubriendo la tierra.

Llamé á la vieja posada
y estaba también desierta.

Sólo á lo lejos fulgía
al fondo de la calleja
el resplandor de una lámpara
tras una ventana abierta.

Algo me nombró en las sombras;
alguien me entreabrió la puerta

y me condujo á la estancia
donde la lámpara sueña,
y en las noches invernales
mientras sobre el campo nieva,
se inclinan entre las manos
las frentes de los poetas.

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.....	5
LAS GUIRNALDAS DEL AMOR.....	9
I.—Tímida como una desposada.....	11
II.—Cruzan alegres músicas la vía.....	12
III.—Vaga en la obscuridad de este aposento....	13
IV.—Ya no hay remedio. Nuestro amor ha muerto.	14
V.—Nuestra dicha fué un sueño; unos instantes.	15
VI.—¡Adiós! deshecha en llanto me decía.....	16
VII.—Un cariño, es verdad, tuve un cariño.....	17
VIII.—Vámonos juntos á cruzar la Vida.....	18
IX.—En tu cariño hay algo pasajero.....	19
X.—De tal modo acarician tus cabellos.....	20
CANCIONES INGENUAS.....	21
I.—Lucha la alegría.....	23
II.—Del lívido invierno.....	25
III.—Yo conozco de Otoño.....	27
IV.—Encantada poesía.....	29
V.—¡Oh, noches estivales.	31
VI.—Se ha secado la fuente.....	33
VII.—¡Adiós! El sol se apaga.....	34
VIII.—¡La abuelita Antonia!.....	35
IX.—Mi amada entre las brumas.....	38
X.—Sentada en la playa.....	39
XI.—Es la primavera.....	42
XII.—¡Oh, fiestas alegres.	43
XIII.—La luz del sol que entra.....	44

	Páginas.
XIV.—Cantan los segadores.....	46
XV.—Llegará, al fin, el día.....	48
XVI.—En la clara noche.....	50
XVII.—En la noche serena.....	52
XVIII.—La virgen desnuda.....	54
XIX.—El parque de oro y verde.....	56
XX.—Luces de oro y púrpura.....	58
XXI.—La noche es luz, perfumes.....	60
JUVENILIA.....	63
I.—Vistió mi juventud oro y brocado.....	65
II.—Sobre el jardín deshoja el Mediodía.....	66
III.—¡Alma, que vienes á mis reinos, llega.....	67
IV.—Cuando tiendo mis brazos á tu cuello.....	68
V.—Pálida Margarita sin fortuna.....	69
VI.—Pobre alma, tan pálida y tan buena.....	70
VII.—Cual restos del incendio, un humeante.....	71
VIII.—Flotaba destrenzado el ambarino.....	72
IX.—La lámpara de oro que moría.....	73
X.—Sobre ti me incliné. Como cadenas.....	74
XI.—El verde musgo nos brindó descanso.....	75
XII.—Baló tu amor como un blanco cordero.....	76
XIII.—Sobre un rosal que místico entreabría.....	77
XIV.—Bajo la cabellera destrenzada.....	78
POEMAS.....	79
<i>Kacida</i>	81
<i>Hora de Paz</i>	83
<i>Magdalena</i>	85
<i>Flor de Luna</i>	88
<i>El Peregrino eterno</i>	90

	Páginas.
<i>Balada</i>	92
<i>Madrigal</i>	94
<i>Voces lejanas</i>	95
PENUMBRAS.....	97
I.—Igual que un leñador curvado al peso.....	99
II.—Mi vida es una ola que en la obscura.....	100
III.—Tanto dolor mi corazón encierra.....	101
IV.—Por las tardes se llenan las glorietas.....	102
V.—Corto, para mi andar, todo camino!.....	103
VI.—¡Paz, un poco de paz, y mucho olvido.....	104
VII.—Fatalidad ¿dónde mi amor arrojas?.....	105
VIII.—A otro mundo mejor remonta el ala.....	106
IX.—Tanto tiempo he vivido aprisionado.....	107
X.—Al son de la guitarra lastimera.....	108
LAS PALOMAS DISPERSAS.....	109
I.—En la miseria de mi vida tengo.....	111
II.—¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho...	112
III.—Mi vida es como esos pedernales.....	113
IV.—Desnuda penetraste en la caverna.....	115
V.—Mi vida es una lámpara votiva.....	116
VI.—¡Volvamos á soñar! La vida pasa.....	118
VII.—¡Tú para mí! Tus labios en mis labios.....	120
VIII.—Una casa en el campo, alma mía.....	122
IX.—Me hiere la traición, pero no huyo.....	125
X.—Ni una cruz en mi fosa. En el olvido.....	126
XI.—Cual guarda la marina caracola.....	127
XII.—Alguna noche llamaré á tus puertas.....	128
XIII.—Nuestro amor fué cual esos.....	129
XIV.—Le dije al joven taciturno y pálido.....	130

	Páginas.
XV.—A ser pura mis celos te condenan.....	132
XVI.—El rumor del arroyo con el viento.....	134
XVII.—Toda mi vida es cristalina.....	136
XVIII.—¡Señor, piedad! La hora.....	138
XIX.—El camino polvoriento.....	139
XX.—Grabé tu nombre en un árbol.....	141
XXI.—El huracán ha invadido.....	142
XXII.—Blancas palomas místicas.....	143
EL JARDÍN BOHEMIO.....	145
I.—Esta miseria que me apremia.....	147
II.—Nuestras dos sombras en la senda.....	148
III.—Un jardín y una.....	149
IV.—Floreció la tierra entera.....	150
V.—En medio de la glorieta.....	151
VI.—Lenta mi vida se consume.....	152
VII.—En el retiro de mi huerto.....	153
VIII.—Todo el estanque está de fiesta.....	154
LOS ROMANCES DEL CAMINO.....	155
I.—San José era carpintero.....	157
II.—Tejedor que estás cantando.....	159
III.—Condúceme á la otra orilla.....	161
IV.—Después de besar mi mano.....	163
V.—Tú le has visto. Tus pupilas.....	165
VI.—Madre, madre, ¿no ha venido?.....	167
VII.—La noche llegó callada.....	168
VIII.—En estas tardes lluviosas.....	169
IX.—Hemos perdido el camino.....	171
ÍNDICE.....	173

Algunas opiniones sobre el poeta

FRANCISCO VILLAESPESA

—Plectro de oro...

Su fantasía se remonta, con vuelo de águila, á los picos azules de la Gloria, donde la Poesía tiene su templo de ágatas...

El Poeta quema ante el Ara el incienso místico de sus ensueños, todos los alóes de su alma mágica...

Su canto se eleva en las altas bóvedas como el eco perdido de mil simandras de oro, como un concierto de arpas y salterios, de sixtros y nubelias...

¡Oh! ¡Quién como él sabe llorar desde las alturas solitarias é inaccesibles toda la belleza de un pasado muerto!...

Corre entre nubes cual un enamorado á quien el Sol pusiera en los ojos una venda de fuego; pero no vacila en su carrera incierta hacia el porvenir...

Su carro de triunfo, ornado de mirtos y lauros, es arrastrado por una Quimera que lo lleva veloz al horizonte del Misterio...

Todo el porvenir ignoto aparece á sus ojos de visionario envuelto en una bruma áurea, como si más allá se alzase majestuosa la luz radiante de una Aurora nueva.....

Nosotros hemos sentido el canto nostálgico de sus evocaciones.

—¡Oh, juventud, vuelve á mi lecho,
tu carne roja de rubor!...
Tiendo los brazos, y no estrecho
más que el recuerdo de tu amor!
.....

Hemos sentido toda la angustia de un futuro esperado
con inquietud, entre la duda y la fe.
.....

—¡Todo pasó!... Nadie te nombra...
¿Dónde tus ciegos pasos van?
¿Qué nuevos brazos en la sombra
para abrazarte surgirán?

Hemos aspirado el primer perfume de sus flores escogidas, y serán inolvidables las horas venturosas que el Poeta nos dedicó haciéndonos gustar las primicias de sus cantos inéditos que sonaban á nuestro oído como una voz lejana y conocida que nos hablase de historias soñadas ó vividas y de aventuras esperadas...

Todas las emociones de una vida intensa, de una vida llena de recuerdos y esperanzas, desengaños é ilusiones existen en la esencia de esos cantos de ensueño...

La imaginación del Poeta camina incansable por tierras fértiles, llenas de verjeles y abundantes en manantiales de agua de vida... por eso su fecundidad es tan prodigiosa, y tan rica y varia la fuente inagotable de sus concepciones.

Leer toda la obra genial de Villaespesa es caminar, entre dos abismos, por una senda de flores llena de sorpresas. El canto de su Musa nos atraerá como el canto de una Sirena; pero jamás sabremos ciertamente á qué lado debemos inclinarnos para oirla mejor, porque su voz saldrá indistintamente de uno y otro misterio, como la voz de los dioses ocultos...

GOY DE SILVA.

El soneto, la forma poética más difícil, es para Villaespesa una sencilla canción de campo. Él la oye á lo lejos, en el interior de su vida profunda, y la aprende en seguida y la repite sin vacilar. Los endecasílabos surgen consecuentemente, sucediéndose por una misteriosa lógica de los sonidos, infaliblemente, alcanzándose como las vibraciones para producir un color.

Sus manos no parecen escribir sino mariposar sobre las viejas teclas de un clave, porque sus sonetos leídos á solas en un jardín ó en una estancia de casa antigua, sonarían á música de minuetos ó á marchas fúnebres de princesitas muertas...

No se intenta hacer en estos apuntes periodísticos un estudio de Villaespesa y de sus versos de amor.

A la ligera, y modestamente, queremos sólo contribuir á su merecida gloria, dedicándole unas líneas de admiración.

Es un artista de gran intensidad; no ha hecho las obras grandes de Rostand y de D'Annunzio, pero pertenece á la alta categoría de estos privilegiados y exquisitos corazones.

Villaespesa, contra lo que opinan muchos, no es un poeta decadentista ó modernista. De tener algo de esto, tiene solo aquello que ha servido para innovar y transformar los modelos antiguos. Ha hecho, en tal caso, lo que los modernos artistas de profundo sentido poético, que estudian en los viejos museos, para obtener bellezas nuevas. Él habla de Anacreonte, él habla de Palestina, él hace pasar por delante de nuestros ojos á la Samaritana, él sueña con los palacios árabes, con puertas de mármol, con alquiceles de seda, con los emires de Córdoba, con amores de Lindaraja... Y todo ello es evocado milagrosamente, más bello que fué, porque el poeta tiene en su corazón el ensueño de una vida más gloriosa. Y todo ello es evocado maravillosamente, más bello que fué, porque el poeta posee el secreto divino de la música y de las palabras milagrosas...

¿Pero para qué hacer crítica y dar razones y desarrollar teorías, si no hay nada más convincente que leer

los versos, oír la música, mejor dicho porque parece que los versos de Villaespesa no tienen palabras?

Villaespesa es un poeta grande, el excelso músico de los endecasílabos que suenan como sinfonías beethovenianas ó como baladas de Chopín, ó como divinos minuetos de Haydn. No hay entre todos los poetas modernos quien triunfe del ritmo tan maravillosamente: hasta el extremo de que sus versos dan la sensación de sonidos de visiones y de ensueños, mejor que de figuras gramaticales. Parece que las palabras no suenan á idioma, sino á ritmos de música interior...

Somos poco lectores de poetas extranjeros, y como no los conocemos más que traducidos, no podemos decir si los ajenos son más grandes que el nuestro de hoy. Pero si Villaespesa no es Eugenio de Castro, ni D'Annunzio, ni Rostand, ni Giovanni Pascoli, etc., por lo menos á nosotros nos convence profundamente, y creemos que su poesía es la verdadera poesía.

RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ.

Habíamos tenido en España poetas buenos, poetas inspirados y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en España poetas como Villaespesa: un gran poeta exquisito.

JORGE BRUHMEI.

El nuevo libro es una nueva corona para el poeta y otra joya que va á enriquecer la ya tan opulenta literatura española. Villaespesa es un artista de raza.

Es un refinado, un aristócrata; existe en él el instinto de lo precioso y de lo raro, por eso su arte pasa indiferente al lado de las emociones banales y de las cosas vulgares de la vida, lo que le hace amado por los temperamentos de elección.

Por su lado exterior, por la realización plástica, su arte nos maravilla, porque Villaespesa posee como pocos la técnica sabia y complicada del verso moderno,

y es, además de eso, un colorista, un domador del ritmo y un sacerdote fervoroso de la Diosa Forma.

AMADEN DE CUNHA.

Verdaderamente yo debo expresar á Villaespesa toda mi gratitud por el goce intelectual que me ha proporcionado con la lectura de su finísima obra exquisita, desbordante de aquel sentido de modernidad pagana que constituye el especial distintivo de los modernos poetas.

BIAGIO VALLETTA.

Su obra poética me parece la más admirable de las letras castellanas actuales, y el entusiasmo literario de Villaespesa solo tiene comparación con el de Ganivet.

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ.

Francisco Villaespesa es uno de los poetas de la nueva escuela más admirado por todos. Las discusiones que enjendran las composiciones de otros, no alcanzan á Villaespesa, que es, sin embargo, un espíritu moderno. Sus libros de versos se han agotado rápidamente, y esta es la mejor demostración de que hasta el público ha sancionado con su beneplácito la personalidad del poeta.

JOSÉ SUBIRÁ.

Lo que es á la prosa, de la España actual, aquel Mago del Verbo, admirable é inimitable que es, Valle-Inclán, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es Francisco Villaespesa: un espíritu significativo de la raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero no estancado y desdeñoso como en los viejos clásicos si no movimentado, actualizado en un vuelo atrevido

para evadirse del sueño ancestral, pero impregnado siempre de un orientalismo morbosos, lleno de perfumes de harém, y de las rosas penetrantes de los jardines del Generalife; pensamiento indiferente si no hostil, á las influencias de afuera, y siempre soñador, como un joven Kaid, á la sombra de un rosal, porque la musa de Villaespesa no tiene peplum, como la de los jóvenes poetas pseudo-helenos, sino blancos velos de Sultana, que ocultan apenas á medias, los ojos tentadores de la Huri: su poesía es revelatriz de un estado de alma, soñador y plácido, con murmurios de un surtidor en patio árabe y un meditativo claro obscuro, de ajiméz; porque la Musa de Villaespesa, es eso: Oriental y clásica, con la plástica admirable de un espíritu móvil hasta lo infinito.

El tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un mágico de la sintaxis y un evocador de la sensibilidad, que nos hace sentir por igual, la emoción artística de sus rimas y la emoción sensual de sus pasiones; porque es Villaespesa, un emotivo exquisito é intencionado, lleno de esa devorante sinceridad que hace á los grandes artistas, mostrarse moralmente desnudos, á la sola luz ritual de su pensamiento.

La sensualidad de Villaespesa no viene de la expresión acre y brutal de la palabra, es una rara y exquisita voluptuosidad, que se escapa, más de la música de la estrofa, que de pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada rareza.

La ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como él la poseen, de tal modo, que se diría que una música verbal preside la armonía de las rimas y la virtuosidad sabia del vocablo; los ritmos habituales que en ciertos poetas preciosistas sirven como recurso á una técnica pobre, adquieren en Villaespesa, una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es la fluidez, la sobriedad y alto sentido artístico con que los maneja.

VARGAS VILA.

Es Villaespesa, entre todos los poetas contemporáneos, el más sincero y el más humano. Sus versos tienen un fuego y una inspiración tan extraordinaria como no se halla sino en los grandes maestros de la Poesía. Vibrantes y pasionales, á veces, rujen como tigres en brama. Otras, suaves y melancólicas, tienen el nostálgico encanto que se ve en las sonrisas de algunas muertas jóvenes.

Adviértese en todas las obras de este joven y admirable Maestro ese transcendente é inconfundible sabor á realidad que para el gran Zola constituía el principal mérito de las obras artísticas. Un adjetivo suyo es siempre, de por sí, algo muy bello. Pero si es además signifiicante y preciso adquiere una transcendencia universal que jamás hubiera podido sospecharse en él de otro modo.

Y luego ¡qué sobrio vigor de descripciones, qué maravilla de sugestión, qué enorme vitalidad siempre! Todas las palabras ¡cada una! evoca, por la virtud de su contestura eufónica, y de su significado íntimo una serie inmensa de acusaciones no escritas.

Y tan intensamente expresivo siempre.

Para mí no hay duda de que Villaespesa es el primer poeta español contemporáneo.

RAMÓN VILLEGAS.

El alma errante de la ciega poesía española parece resumirse en este libro triste y dulce como el beso de una novia enferma.

Lleno de una piedad cristiana y de una fe salvadora ábrense las páginas como aromatizadas de incienso, ó semejantes á violetas de ensueño, bajo el amparo cómplice del Silencio.

¿Qué extraña fascinación, qué sutil deslumbramiento para el alma, tiene este libro, hecho tal vez en los fríos atardeceres madrileños, entre el rodar monótono de los carruajes y el caer impasible, mudo, desesperante, de la nieve?

Yo no sé; pero leyéndolo he tenido necesidad de ser muy bueno; el grito imperativo del alma me ha ordenado que escriba, y he hecho rimas suaves, tristes, evocadoras, bajo la influencia de estas bellas melancolías del gran poeta, gloria joven de la vieja España.

Estas joyas de inmenso valor artístico denuncian la poderosa lente imaginativa del ilustre poeta, que sin los fuegos artificiales de Salvador Rueda, se ha conquistado acaso el primero de los puestos en el Parnaso Español.

AGUSTÍN ACOSTA.

Francisco Villaespesa, el joven Maestro de la poesía castellana, acaba de publicar dos nuevos libros. Maravilla y encanta ese don de fecundidad del excelso poeta que en tiempo relativamente corto ha dado á la luz infinidad de obras, mereciendo la más elevada y conceptuosa crítica de todas las eminencias literarias de Hispano-América, que le han consagrado como el primer poeta de la España contemporánea. Estos dos libros nuevos tienen, como todos sus anteriores, la rara virtud de provocar una admiración espontánea y un sentimiento hondo é inexplicable: sus versos son llenos de luz y de color; versos que dicen de la loca alegría de la vida y del dolor infinito de las almas tristes; de la nostalgia de las tardes que se fueron y del recuerdo de las cosas pasadas...

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Esos libros ponen de relieve la condición esencial que distingue á Villaespesa en su labor madura, en su labor de hoy; es un imaginífero lleno de exquisitismo. En cada acumulación de palabras, concibe un recuerdo deslumbrador de imágenes; una babilonia de luz y de color. Mas no solamente es un enamorado del color, sino un Maestro de la melodía en las palabras.

Podrá haber, claro está, quien mida mejor los versos que Villaespesa, pero nadie podrá darles esa intensidad

melódica. Y en esto es en lo que se distingue al verdadero poeta, al poeta que tal Villaespesa ha logrado penetrar en la intimidad de todas las almas selectas para producir allí una floración fecunda de sensaciones estéticas.

MAX HENRIQUEZ UREÑA.

En Francisco Villaespesa se ve siempre esa alma del pueblo andaluz con sus cariños envueltos en odios, y sus venganzas teñidas de sangre, con esa melancolía intensa que penetra hasta el corazón y hace brotar lágrimas de los ojos y cantares de los labios.

Sus libros de versos admirables, cada uno, con una distinta faceta del dolor de la vida, tienen todos un lazo de unión en su alma compleja, sí, pero de una complejidad en la que se aunen los rasgos distintos de un grado máximo de intensidad suprema. Y es porque su espíritu atraviesa en la senda del Destino por todos los dolores; sus labios beben toda la amargura de la vida escanciada por una mano pálida, y luego por una mano rosada, y una mano pequeña, y otra delgada como para acariciar la melena de algún romántico sentimental que llora sus amores en versos dolorosos, hirientes, desgarrantes...

Su último libro es todo el poema de un amor que yo no sé, pero presiento, á través de una maldición ó de una súplica de perdón, ó un beso gitano.

LEONARDO SHERIF.

Aborrezco las clasificaciones, pero debo decir para dar una idea precisa de la personalidad de Villaespesa, que me parece un lírico sentimental, erótico y elegíaco. Pero no es el suyo ese lirismo difuso de otros poetas, acaso más cuidadosos y atildados en la forma, pero nulos y enrevesados en las ideas, la sobriedad y la sencillez, esa difícil facilidad tantas veces invocada por Ovidio, son las características de su arte. El sentimentalismo, el dolor de sus elegías, no tienen nada que ver

con el llanto convulsionado y grosero del viejo romanticismo. Villaespesa, artista moderno, que aspira morir «con un sonoro verso de amores en la boca», llora con distinción, y cuando cae herido de pena, lo hace como debieron hacerlo en el circo, los romanos gladiadores, con un bello gesto trágico y sereno.

Su erotismo nunca toca los límites de la pornografía; carece del pudor, que según Milton, es la conciencia del Mal; pero tiene un momento casto, con esa castidad de los artistas, ante las femeninas desnudeces, y luego de su dolorosa lujuria sentimental asciende un santo aroma de espiritualismo.

Esta tierra de rimadores inspirados y armoniosos nunca tuvo un poeta exquisito hasta el advenimiento glorioso de Villaespesa. Pero la exquisitez del autor de «Viaje Sentimental», no tiene nada de enfermiza y de morbosa; no es su musa una funesta vampiresa ni ha ido á beber este gran lírico, en la inagotable fuente de Baudelaire y de Verlaine. Su amor al arte va unido de su amor al amor; su espíritu á la vez helenizado y decadente, tiene esa femenina delicadeza de Alfredo de Musset y de Gustavo Adolfo Becquer; en la perfección impecable de su forma nueva se advierte la heladez del parnasianismo, y á despecho del artístico cuidado de sus estrofas se escucha siempre en ellas el divino latido de la emoción.

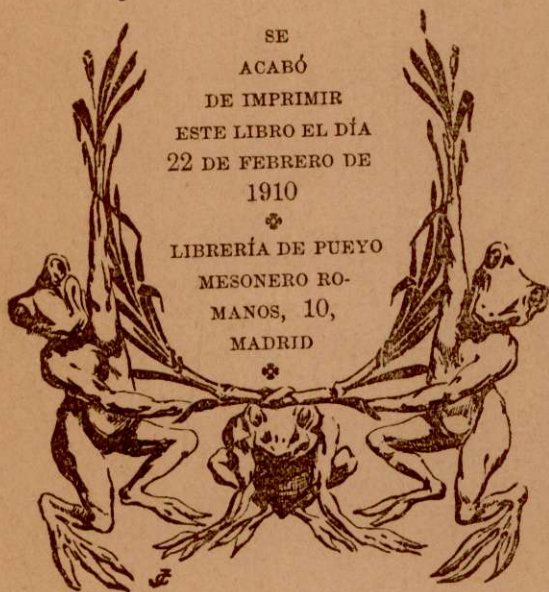
Refinado y suntuoso, usa del oro, del mármol y de los bronces, como términos de comparación, pero no los prodiga; prefiere la roja seda de su lujuria poética, y hace alarde de la elegancia de su sensualidad.

El gran poeta español, hoy en plena juventud, y que puede hombrearse dignamente con los tres grandes líricos del alma latina, no necesita de la imitación: la tristeza erótica y sentimental de sus versos, la íntima y rara unión de emotividad y refinamiento, son originales y personalísimos de Villaespesa, porque *él ha soñado y ha vivido su poesía.*

FELIPE SASSONE.

SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
22 DE FEBRERO DE
1910

✿
LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO RO-
MANOS, 10,
MADRID



OBRAS EN VERSO

	Pesetas.
ABRIL (Manuel):	
Canciones del corazón y de la vida.....	2
AGUILAR Y TEJERA (Agustín):	
Salterio.....	1
ARGÜELLO (Santiago):	
De tierra... cálida.....	3
BACHILLER CANTA CLARO (El):	
Los señores diputados, 400 semblanzas en verso, con prólogo de Galdós.....	2
BACHILLER KATACLÁ (El):	
Epigramas.....	2
Cantes gitanos.....	2
BARRANTES (Pedro):	
Tierra y cielo.....	3
Anatemas.....	2
BARREDA (Ernesto Mario):	
Talismanes.....	2
BLANCO FOMBONA (Rufino):	
Pequeña Ópera lírica.....	2
BRENES MESEN (Roberto):	
En el silencio.....	3
BRIGA (Augusto):	
Mundanas.....	3
CARRERE (Emilio):	
Románticas.....	1
El caballero de la Muerte.....	3
CASTRO (Cristóbal de):	
El amor que pasa.....	2
Cancionero Galante.....	4
Gerineldo, poema de amor y caballería.....	3
CASTRO (Rosalía de):	
En las orillas del Sar.....	3 50
Cantares gallegos.....	3 50
Follas novas.....	3 50

	<u>Pesetas</u>
CATARINEU (Ricardo J.):	
Estrofas.....	2
CONTRERAS (María del Pilar):	
Entre mis muros	2 50
Páginas sueltas.....	3
CUQUERELLA (Félix):	
Del amor.....	2
CURROS ENRIQUEZ (M.):	
Aires da miña terra.....	3
El maestro de Santiago.....	3
CHOCANO (José Santos):	
Los conquistadores (drama en tres actos)...	2
Fiat Lux (poesías)	4
DARÍO (Rubén):	
Cantos de vida y esperanza.....	5
Prosas profanas.....	5
El canto errante.....	3
DIEZ CANEDO (Enrique):	
Versos de las horas.....	2
La visita del sol.....	2
Del cercado ajeno	2
FABRA (Nilo):	
Interior.....	3
Ingenuamente.....	2
FERNANDEZ RIOS (Ovidio):	
Por los jardines del alma.....	3
FERNÁNDEZ VAAMONDE (Emilio):	
Diálogos.....	2
Después del desastre.....	1
FORTUN (Fernando):	
La hora romántica.....	2
GARCÍA VALENZUELA (G.):	
Rumor de notas.....	2
GARCÍA VELA (J.):	
Hogares humildes.....	2
GIL ASENSIO (Federico):	
Como la vida.....	1



	Pesetas
GINÉS (Agustín):	
Primicias.....	1
GODOY Y SOLA (Ramón de):	
Aspiraciones.....	2
GÓMEZ JAIME (Alfredo):	
Rimas del Trópico.....	3
GONZALEZ ANAYA (Salvador):	
Medallones.....	2
Cantos sin eco (prólogo de Manuel Reina)...	2 50
GUTIÉRREZ (Enrique F.):	
Cascabeles de oro.....	2
ICAZA (Francisco A. de):	
Lejanías.....	2
La canción del camino.....	2
Efímeras.....	2
JIMÉNEZ (Juan R.):	
Ninfeas.....	5
Elegías puras.....	2
Las hojas verdes.....	2
Elegías intermedias.....	2
JURADO DE LA PARRA:	
Los del teatro.....	3
LASTRÁ (Juan Julián):	
Las rosas del deseo.....	2
LOPEZ (Luis C.):	
De mi villorrio.....	2
Posturas difíciles.....	2
LÓPEZ ALARCON (Erique):	
Constelaciones.....	3
Gerineldo, Poema de amor y caballería.....	3
Las manos largas (vaudeville).....	3
LORENZANA (Sarah):	
Acuarelas.....	2
LOZANO (Carlos):	
Acuarelas.....	2
MACHADO (Antonio):	
Soledades-Galerías-Otros poemas.....	3

7.000
1^{er} Ed. Rara

AN
ALM
P1
LE1

	Pesetas.
MACHADO (Manuel):	
Alma-Museo-Los cantares.....	3
Caprichos.....	3
La fiesta nacional.....	0 75
MARÍN BALDO (Jacobo M.):	
Madrigales.....	3
MARQUÉS DE CAMPO:	
Estampas.....	2
MARTÍN RUIZ (Leocadio):	
Canciones del llano.....	2
MARTÍNEZ SIERRA (Gregorio):	
La casa de la primavera.....	3
MENDILAHARSU (Julio Raul):	
Como las nubes.....	3
MESA (Enrique de):	
Tierra y alma.....	2
MOLINA (Gonzalo):	
Rimas bohemias.....	2
Estrofas de dolor.....	2
MONTERREY (Manuel):	
Madrigales floridos.....	2
MORALES (Tomás):	
Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar...	2 50
MUÑOZ SAN ROMÁN (J.):	
Zarza florida.....	2
Remanso.....	2
NAN DE ALLARIZ (Alfredo):	
Fume de Palla.....	3
NERVO (Amado):	
Poemas.....	5
Perlas negras.....	5
En voz baja.....	4
ORTIZ DE PINEDO (José):	
Dolorosas.....	2
Poemas breves.....	2
Huerto humilde.....	3

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

